



Iglesia Cristiana Gracia y Amor
Sola Escritura, Sola Gracia, Sola Fe
www.iglesiacristianagraciayamor.org

Sede La Alborada, Calle 97 # 68 F – 96, Bogotá D.C., Colombia, Tel: 613 1524
Sede El Norte, Carrera 67 # 175 – 60, Bogotá D.C., Colombia, Tel: 679 4349

ENSAYO SOBRE EL EVANGELIO ANTIGUO EN COMPARACIÓN CON EL NUEVO - 4

Un nuevo estudio, un estudio profundo de la Biblia, podría libramos de una fe y de una predicación tan distorsionada. Si escuchamos la Biblia, nos enseñará cómo creer el evangelio y cómo predicarlo. En cuanto a creerlo, seremos llevados a postrarnos ante un Salvador soberano quien realmente salva, y a alabarle por una muerte redentora, la cual hizo cierto que todos aquellos por quienes él murió llegarán a la gloria. No podemos hacer demasiado hincapié en que hemos entendido el significado pleno de la cruz, sino hasta que lo hayamos visto en la presentación de ella hecha por los teólogos de Dort - la cruz, el centro del evangelio, flanqueada por un lado por la incapacidad total del hombre y la elección incondicional de DIOS, y, por el otro lado, por la gracia irresistible de DIOS y la preservación final de los redimidos. Porque el significado pleno de la cruz se revela solamente al definir la redención en términos de estas

cuatro verdades. Cristo murió para salvar a cierto grupo de pecadores impotentes, sobre quienes Dios había puesto su amor salvador gratuito. La muerte de Cristo aseguró el llamamiento y la preservación, la salvación presente y final de todos aquellos cuyos pecados él llevó. Esto es lo que significó el calvario y eso es lo que significa. La cruz salvó; la cruz salva. He aquí, pues, el corazón de la fe evangélica verdadera. He aquí la convicción triunfante que caracteriza el evangelio antiguo y todo el Nuevo Testamento.

Luego, el estudio profundo de las Sagradas Escrituras nos libraría, si prestáramos atención, para predicar el evangelio bíblico. Tal afirmación puede parecer paradójica, porque a menudo se imagina que aquellos que no predicar que Cristo murió para salvar a todos los hombres son dejados sin evangelio alguno. Por lo contrario, no obstante, lo que les resta no es sino sencillamente el evangelio del Nuevo Testamento. ¿Qué quiere decir predicar "el evangelio de la gracia de Dios"? Predicar el evangelio de la gracia, nos dice la Biblia, no es un asunto de decir a la congregación que Dios ha puesto su amor sobre cada uno de ellos y que Cristo ha muerto para salvar a cada uno de ellos, porque tales afirmaciones entendidas según las Escrituras implicarían que todos ellos infaliblemente serán salvos, y no es posible saber con seguridad si será así. Saber si uno es el objeto del amor eterno de Dios y de la muerte redentora de Cristo pertenece a la seguridad personal, la cual, en la naturaleza del caso, no puede anteceder el ejercicio salvador de la fe; debe ser inferido del hecho de que uno haya creído ya, no propuesto como la razón por la cual creer. Según las Escrituras, la predicación del evangelio es netamente asunto de proclamar a los hombres los cuatro siguientes hechos y proclamarlos como verdad de Dios, la cual obligatoriamente debe ser creída y obedecida:

1. Que todos los hombres son pecadores y que no pueden hacer nada para salvarse a sí mismos.
2. Que Jesucristo, el Hijo de Dios, es un Salvador perfecto para los pecadores, aun para los peores.
3. Que el Padre y el Hijo han prometido que todos aquellos que se reconocen pecadores y que ponen su fe en Cristo como Salvador, serán objetos del favor de Dios, y ninguno echado fuera (dicha promesa es "una verdad segura e infalible basada sobre la suficiencia sobreabundante de

la oblación suficiente de Cristo en sí, para todos aquellos (pocos o muchos) quienes fue destinada").

4. Que DIOS, habiendo declarado deberes el arrepentimiento y la fe, exige a cada hombre que oiga el evangelio, "una reclinación seria y total y un reposo del alma sobre Cristo presentado en la promesa del evangelio, como Salvador todo suficiente, capaz de liberar y de salvar perpetuamente a todos aquellos que alleguen a DIOS por medio de él. Que él está listo, que es capaz y dispuesto a salvar a toda alma que libremente se entregue a él con ese fin, y esto por medio de su sangre preciosa y la suficiencia de su rescate".

Mejor dicho, la tarea del predicador es la de manifestar a Cristo: la de explicar la necesidad que el hombre tiene de él, la suficiencia de Cristo para salvar, y su oferta de sí mismo en las promesas como Salvador a todos aquellos que en verdad se vuelvan a él. Además, la tarea del predicador es la de mostrar con toda la plenitud y la claridad posibles cómo estas verdades son aplicables a la congregación delante de él. No es para él decir, ni para la congregación preguntar, por quiénes en particular murió Cristo. "El evangelio no llama a ninguno, en ningún momento, a indagar sobre el propósito y la intención de DIOS relativo al objeto particular de la muerte de Cristo; DIOS asegura a todos que su muerte será de provecho para aquellos que en él crean y a él obedezcan". Después de haber ejercitado la fe salvadora, "queda al creyente asegurarse en su alma, según encuentre el fruto de la muerte de Cristo en él y hacia él, de la buena voluntad y del amor eterno de DIOS hacia él al enviar a su Hijo a morir por él en particular"; pero de esto no debe buscar asegurarse antes de creer. La tarea a la cual es llamado por el evangelio es simplemente la de ejercer la fe; a esto está obligado, y tiene el derecho de hacerlo por razón de los mandamientos y las promesas de DIOS.

Cabe ahora ofrecer algunos comentarios sobre este concepto de lo que quiere decir predicar el evangelio.

Primero, nos toca observar que el evangelio antiguo contiene una oferta de salvación no menos plena y gratuita que su contraparte moderna. Presenta fundamentos amplios para la fe (la suficiencia de Cristo y la promesa de DIOS), y motivos persuasivos para la fe (la necesidad del

pecador y el mandamiento del Creador, el cual es también la invitación del Redentor). El evangelio nuevo no gana nada aquí al afirmar la redención universal. Es cierto que el evangelio antiguo no tiene lugar para un sentimentalismo barato que cambia la misericordia libre de Dios hacia los pecadores en una bondad dócil natural de él, la cual podemos dar por segura para todos; ni permite una presentación degradante de Cristo como el Salvador desconcertado, impedido en lo que pensaba hacer, por la incredulidad humana. Ni tampoco gratifica el capricho de dar a los convertidos invitaciones llorosas, pidiéndoles que por motivos de sentir lástima por la desilusión de Cristo, permitan que Cristo los salve. El Salvador digno de compasión y el Dios patético de los púlpitos modernos son desconocidos en el evangelio antiguo. El evangelio antiguo les dice a los hombres que ellos necesitan a Dios, pero no que Dios los necesita a ellos (una mentira moderna); no les exhorta a que sientan lástima de Cristo, sino más bien anuncia que Cristo ha sentido lástima de ellos, aunque dicha misericordia fue la cosa que menos merecían. No pierde de vista nunca la majestad divina y el poder soberano del Cristo proclamado, pero, sí, rechaza de un todo todas aquellas representaciones que denigrarían su libre omnipotencia. ¿Quiere decir esto, luego, que el predicador del evangelio antiguo es inhibido o limitado para ofrecer a Cristo a los hombres y para invitarles a recibirle? De ninguna manera. En realidad, por el solo hecho de reconocer que la misericordia divina es soberana y libre, tiene la ventaja de poder ofrecer con más dinamismo a Cristo de lo que puede hacer el expositor del evangelio nuevo. Es así porque esta oferta en sí misma es una cosa mucho más maravillosa, sobre los principios de aquellos que tienen el amor de Dios a todos los pecadores como necesidad de su naturaleza, y, por lo tanto, como cosa natural. Pensar que el Creador santo, quien nunca tuvo necesidad del hombre para su propia felicidad, y quien justamente pudiera haber expulsado a nuestra raza caída para siempre sin misericordia; ¡pensar, digo, que Dios de hecho ha escogido redimir a algunos de ellos! ¡Y que su propio Hijo fuera dispuesto a sufrir la muerte y descender al infierno para salvarlos! ¡Y que ahora, desde su trono, habla a los hombres impíos en las palabras del evangelio, urgiéndoles el mandamiento a arrepentirse y creer, y esto en la forma de una invitación compasiva a tener misericordia de sí mismos y de escoger la vida! Estos pensamientos son el centro alrededor del cual gira la predicación del evangelio antiguo. Es todo muy maravilloso simplemente porque nada de ello puede darse por supuesto. Pero quizás lo más maravilloso de todo - el punto más santo en todo el terreno santo de la verdad evangélica - es la invitación libre que el Señor Cristo

expide repetidamente a los pecadores culpables, a que vengan a él para hallar descanso para sus almas. La gloria de estas invitaciones está en que es un Rey omnipotente quien las da; de igual manera que es la parte principal de la gloria de Cristo entronizado que él condesciende todavía para hablarles. Y la gloria del ministerio evangélico es en que el predicador va a los hombres como embajador de Cristo, encargado con el deber de entregar personalmente la invitación a cada pecador presente y a llamarlos a volver y vivir.

Ten en cuenta la infinita consideración y el amor de Cristo. Te invita, te llama a venir a él para vida, liberación, misericordia, gracia, paz y salvación eterna. Una multitud de estas invitaciones y llamamientos está grabada en las Escrituras, y todas van acompañados de alicientes bienaventurados diseñados acertadamente por la sabiduría divina para llegar al corazón de pecadores perdidos y convencidos. En la declaración y predicación de ellos, Jesucristo mismo se para ante los pecadores, llamando, invitando, animándoles a que vengan a él.

He aquí algo de la palabra que ahora te habla: ¿por qué morirás? ¿Por qué perecerás? ¿Por qué no tendrás compasión de tu propia alma? ¿Podrás aguantar tu corazón, o podrán estar fuertes tus manos en el día de la ira que se avecina? Mira a mí y sé salvo; ven a mí y te descargaré de todos tus pecados, tristezas, temores, cargas, y te daré descanso para tu alma. Ven, te ruego. Pon a un lado todas las demoras, las dilaciones. No me deseches más; la eternidad está a la puerta... No me aborrezcas tanto que prefieras perecer y no aceptar liberación de mano mía.

Estas y otras cosas semejantes declara, proclama, insta, y urge el Señor Cristo constantemente sobre las almas de los pecadores. Lo hace en la predicación de la Palabra como si estuviera presente contigo, parado al lado tuyo, y hablando contigo. Ha nombrado a los ministros del evangelio para que se presenten delante de ti, para tratar contigo en lugar de él, reclamando como propias las invitaciones dadas en su nombre. 2 Co. 5:19-20 (Obras de John Owen).

Estas invitaciones son universales. Cristo las dirige a los pecadores como tales, y a cada hombre, creyendo que DIOS es veraz, está bajo obligación de tratarlas como de DIOS para él personalmente, y de aceptar la seguridad universal que las acompaña, es decir, que todos aquellos que vienen a Cristo serán recibidos.

De nuevo, estas invitaciones son reales; Cristo se ofrece genuinamente a sí mismo a todos aquellos que oyen el evangelio, y es en verdad un Salvador perfecto para todos aquellos que confían en él. La cuestión del alcance de la redención no se presenta en la predicación evangelística; el mensaje que debe ser entregado es simplemente este: que Jesucristo, el Señor soberano, quien murió por los pecadores, ahora invita libremente a sí mismo a los pecadores. Dios manda a todos los hombres a que se arrepientan y crean; Cristo promete vida y paz a todos aquellos que lo hagan.

Además, estas invitaciones son maravillosamente por gracia; los hombres las desprecian y las rechazan y no son nunca en ningún caso dignos de ellas, y no obstante Cristo las expide. No tiene que hacerlo, pero lo hace. "Venid a mí... y yo os haré descansar" son todavía sus palabras al mundo, palabra nunca anulada, y que siempre debe ser predicada. Aquél cuya muerte ha asegurado la salvación de todo su pueblo debe ser proclamado en todos los lugares como Salvador perfecto, y todos los hombres deben ser invitados e instados a creer en él, quien quiera que sea, como quiera que haya sido. Sobre estas tres ideas se fundamenta el evangelismo del evangelio antiguo.